

ABDY, Richard. *Legion. Life in the Roman army*. London: British Museum Press, 2024, 320 pp. [ISBN: 978-0714122939]

El libro de Richard Abdy, autor del que no conocemos algún otro trabajo sobre ejército romano, aunque sí unos pocos de numismática, surge como complemento de la exposición que con el mismo nombre tuvo lugar en el British Museum, en febrero del 2024, de la que Abdy fue *curator*. Por su concepto y diseño gráfico, el libro de Abdy puede compararse perfectamente con los de Adrian Goldsworthy, *The Complete Roman Army*, London, Thames & Hudson, 2003, del que hay versión española (*El ejército romano*, Madrid, Akal, 2005), o el de Nigel Pollard and Joanne Berry, *The Complete Roman Legions*, London, Thames & Hudson, 2012. Se trata, en todos los casos, de obras de alta divulgación, en las que prevalece el excelente aparato fotográfico sobre un texto muy correcto. Sin grandes pretensiones de fondo, pero con claridad, esta obra va dirigida a “aquellos curiosos que ignoran cómo actuaban los romanos en el ejército y que tienen la intención de conocerlo”, “the discourse of the roman military conduct may also perhaps be of use to such of the curious as are ignorant of it and yet have a mind to know it”, como se indica en las páginas de introducción.

En seguida se entra en materia. Y nos encontramos con magníficas fotos de tumbas de soldados romanos (como la del legionario Quintus Petilius Secundus) del Landesmuseum de Bonn (p. 17). Todas las imágenes llevan debajo o al margen un pequeño comentario explicativo y la referencia exacta de su ubicación museística

actual, lo cual es de agradecer, sinceramente, y es algo que no ocurre, por ejemplo, en el libro de Goldsworthy mencionado antes. Como aperitivo, se hace referencia al curioso caso, casi único, el soldado Apión, luego llamado Claudius Terentianus (mencionado en varias partes de este libro), que conocemos gracias al dossier epistolar –textos griegos sobre papiros– que este novato mantiene con su familia en Fayum. Y ya se apunta la importancia que tenían los diplomas militares como forma de promoción de los soldados una vez acabado su periodo de servicio.

Cabe decir, por anticipado, que el libro no trata del ejército romano en toda su historia, sino que, deliberadamente, se prescinde de toda la época republicana. El ejército de Augusto, con sus numerosas reformas institucionales, es el punto de partida teórico, y, analizando el contenido general, vemos que el autor solo trata el periodo altoimperial. Los tres primeros siglos del Imperio dan para mucho, pero no es “toda” la vida de las legiones romanas. Cabe advertirlo a quienes puedan estar interesados en consultar este libro. Quienes busquen aquí la organización militar romana en los siglos de expansión de la República por el Mediterráneo, que no pierdan el tiempo en el empeño, y lo mismo vale para los que indaguen sobre los cambios estructurales en la milicia bajoimperial en los siglos de los “emperadores cristianos”. Esta limitación cronológica viene predeterminada, quizás, por la disponibilidad de piezas militares que custodia el British Museum, que forma el catálogo principal de la exposición, aunque a ella se sumaron principalmente piezas significativas procedentes

de museos alemanes, pero también porque los tres primeros siglos es cuando el poder militar romano –el ejército como institución– tiene su *floruit* en Britannia.

En el primer gran bloque o capítulo (pp. 13-71) se aborda el tema del alistamiento, aunque sin entrar en el asunto, a veces escurridizo, del *dilectus* en el Alto Imperio. Se presenta la vida militar como una oportunidad para los varones, una suma de promesas –de sacrificio pero también de recompensas– que los jóvenes reclutas aceptaban al inicio de su inscripción tras ser aprobado su examen físico previo y sumarse a filas, si cumplían unos requisitos mínimos: ser varones de condición libre, no ser demasiado bajitos ni muy obesos y, aunque no había una edad mínima, debían alistarse antes de los 35 años, no tener defectos físicos (en las extremidades, principalmente) ni exhibir una actitud manifiestamente homosexual. Obligaciones y recomendaciones que abundaban en un mejor rendimiento físico y en el buen funcionamiento de la disciplina general. Para un joven sano, la milicia era una buena apuesta que, en muchos casos, tenía la recompensa final de un premio económico, si el soldado era legionario romano, es decir, ciudadano de pleno derecho en el momento del reclutamiento, o bien se les premiaba con la concesión de la ciudadanía si en el momento del alistamiento el soldado tenía el estatuto peregrino. Tiene interés recordar que, una vez que el recluta prestaba juramento (*sacramentum*), ya no podía retractarse. Solamente la baja médica, el retiro por haber cumplido con el periodo de milicia establecido para cada tipo de unidad (la *honesta missio*), o la muerte,

eran las únicas posibilidades honrosas de salir del ejército. Todo este discurso está acompañado con hermosas fotos que lo completan, o tablas útiles, como la que informa de la evolución de las pagas a los soldados (pp. 63 y 71) en los tres primeros siglos del Imperio.

Como en todo proyecto profesional y vital humano, muchos de estos hombres pretendían, al menos de partida, promocionar. Aunque el mecanismo era pesado, lento, y nada fácil. A esta cuestión se dedica en este libro el bloque de pp. 89-125, dedicado a “Rangos y funciones”. En el ejército romano, el rango determina la función. Y la posibilidad de ascenso dependía de las capacidades de cada uno. Ser hábil en el manejo de las armas, tener dotes de mando, ser arrojado en el combate, saber manejar máquinas de asedio, saber montar a caballo, o ser letrado (es decir, saber leer y escribir) eran bazas a favor de una promoción a un rango superior o a otra unidad con mejor remuneración. Para los más cultos estaba destinada la Primera cohorte legionaria, que rodeaba a los altos oficiales en edificio de gobierno (el pretorio) y dirigía la administración y la logística de una legión, de un campamento. Para un soldado de grado corriente (*miles*) era una aspiración llegar a ser centurión; para un centurión la aspiración era alcanzar los puestos privilegiados de la primera cohorte, la de los *ordinarii*, o bien promocionar y asumir el mando de una unidad auxiliar de infantería. Todo dependía de ellos, o más de bien de sus actos, aunque no hay que olvidar las “recomendaciones”, que solían ser muy efectivas. En ese juego de ascensos, los premios al valor, obtenidos por actos “heroicos”

en batallas decisivas, cobraban mucha importancia a nivel personal. Muchos soldados, años después de haber obtenido esos premios, se hacen representar con ellos en las tumbas con orgullo, como testimonios de lo que fueron en vida, unos valientes. Remito aquí, al respecto, a las pp. 110-113. En todo el libro, realmente, las imágenes son una loa al valor de los soldados, donde se trae al primer plano el coraje de las hazañas y donde los monumentos, como es natural, ocultan los actos de cobardía, que se pueden expurgar de unas pocas fuentes literarias. El tema es poco frecuente en relieves: una excepción es la imagen de la Columna Trajana donde se ve al jinete Tiberius Claudius Maximus abalanzándose sobre su caballo sobre el rey dacio Decébalos, arrinconado en el suelo, preso del pánico (ver aquí la p. 117); uno es ejemplo del valor, el otro de cobardía. Sobre el tema, en general, ver ahora el capítulo titulado “Fear and Collective Action in the Roman Military”, de Lee L. Brice, en el libro coordinado por J. Finn (ed.), *Brill's Companion to Courage and Cowardice in Ancient Warfare*, Leiden – Boston, 2025, pp. 443-479, que completa el trabajo anterior de J. C. Coulston, “Courage and Cowardice in the Roman Imperial Army”, *War in History* 20.1, 2013, pp. 7-31. Si las promociones de rangos eran posibles, dentro de la propia unidad, o saltando de una a otra, para los altos oficiales también existía la posibilidad de “saltar” cualitativamente de un estatuto personal a otro de rango “social” superior, es decir, siendo oficiales con el estatuto común de ciudadanos romanos lograr ascender el *ordo* ecuestre, lo que Abdy aquí denomina “advance

to Aristocracy” (ver el cap. IV, pp. 128-143). Estos ascensos eran cuantitativamente pocos con respecto al número de oficiales que podían contarse en todas las unidades, pero cualitativamente eran promociones muy importantes para todo aquel que la conseguía. Los casos registrados por las inscripciones, ya sean honorarias o funerarias, nos informan de los pasos de ascenso de un a otro rango en la escala de las *militiae equestres*.

En un libro de este tipo no pueda faltar un capítulo dedicado a aspectos cotidianos, muy agradecidos visualmente, que han dejado los monumentos o la arqueología, por ejemplo, sobre la vestimenta o las armas de los soldados (“Dressing for battle”, reza el *caput* de la sección V, pp. 146-167). Es un tema bien estudiado desde la aparición de aquel libro, fundamental, de M. C. Bishop y J. N. C. Coulston, *Roman Military Equipment*, London, 1993 (2ª, 2006, Oxford, Oxbow Books), del que existe edición española: *Equipamiento militar romano. De las Guerras Púnicas a la caída de Roma*, Madrid, Desperta Ferro, 2016, y de otros trabajos posteriores. Se muestran aquí buenas imágenes de corazas: una hecha de piel de cocodrilo (p. 150) hallada en Egipto, otras de bronce, como la de Kalkriese, en Germania (p. 152), cascos metálicos con el nombre de soldado propietario (pp. 156-157) como el hallado en Eich, que lleva en la aleta de la nuca el nombre del soldado que lo lleva en una inscripción punteada: «Marcus Arruntius de Aquileia (Italia), de la centuria de Simpronius», o escudos de madera y cuero, pintados (pp. 158-159), etc., en fin, un muestrario atractivo de armas o elementos que el soldado romano llevaba en el momento del combate. En

el capítulo siguiente se presta atención también a las defensas para los caballos, como la espectacular armadura catafracta-*esquamata*, hecha de hierro, lino y cuero, hallada en Dura Europos (p. 191), donde quedó enterrada cuando el lugar fue destruido por un ataque de los sasánidas entre los años 256 y 267 d. C. Más adelante se muestran algunas armas de artillería reconstruidas (p. 195). La vida cotidiana en los campamentos no escapa a esta visión de conjunto, y se habla de los alimentos y de las medicinas. Para todos estos aspectos, el famoso fuerte de Vindolanda es una mina de información, no solo por los objetos allí encontrados sino, especialmente, por las cartas que ilustran al lector actual sobre muchos aspectos de la vida militar en un puesto de frontera.

La vida cotidiana del soldado en los campamentos tiene su prolongación natural en la sociedad civil, durante su periodo de servicio y especialmente tras el licenciamiento (*vid.* cap. VIII). Aquí de nuevo los diplomas militares y los papiros cobran protagonismo, pues no en vano los documentos escritos –la epigrafía en bronce, como documentos oficiales, y los papiros como documentos privados– son importantísimos para conocer aspectos del ejército romano, de sus hombres y de sus vidas, en el momento de su retirada y aun después. La epigrafía militar (en general funeraria) sobre monumentos de piedra sigue siendo fundamental en todos los casos.

De estos apuntes de contenido, de lectura, que hemos dado aquí, se puede deducir que Richard Abdy ha realizado un libro bastante completo, ilustrado adecuadamente, con buenas imágenes comentadas, y con un texto explicativo solvente, para mostrar en qué consistió la gran institución que fue el ejército romano en la época de los emperadores. Por afán didáctico, presente en todo el libro, el autor ha tenido el acierto de añadir un vocabulario “especializado” o técnico, con la definición de los términos latinos específicos del universo militar que pueden resultar un poco extraños al lector no especializado; y otro tanto se puede decir de la bibliografía, compilada en pp. 305-311, bastante completa y donde prevalece, como ocurre siempre en publicaciones inglesas, la bibliografía anglosajona, algo normal, pues la publicación va dirigida a ese público, y no al nuestro. Por otra parte, llevar el sello British Museum es marchamo de calidad. En resumen, este es un buen libro que va más allá a la mera iniciación al estudio del ejército romano; es una obra de gran formato que se lee con placer y del que cualquier lector interesado en el estudio del ejército romano, novel o perito, puede obtener rédito.

Sabino Perea Yébenes
Universidad Nacional de Educación a Distancia
 sperea@geo.uned.es